

## GONZALO RUBIO ORBE: EL DOCENTE

*Roberto Morales Almeida*

Ciertamente, señores, que significa una osadía hablar de un maestro otavaleño en su tierra natal que, por antonomasia, es el hontanar inagotable de educadores a lo largo del devenir histórico ecuatoriano.

Si he aceptado intervenir en este evento ha sido porque la gentil invitación del dinámico Presidente de la Fundación "Gonzalo Rubio Orbe" me da la oportunidad de reiterar mi homenaje a la gratísima memoria de mi ilustre Maestro, Patrono insigne de esta notable institución, que iza como lema diamantino el nombre de uno de los más esclarecidos varones en lo que va de la segunda mitad de este siglo, el de las grandes crisis y las asombrosas conquistas.

No se puede trazar un escorzo, por apretado que fuere, de la señera personalidad de Gonzalo Rubio Orbe, sin aludir siquiera a las raíces telúricas de su terrazgo nativo, del cual fuera como su cristalización lúcida, más nítida y cabal por su vastísima y fecunda labor de exponente de cultura, de indeclinable luchador en la búsqueda de nuevos horizontes que magnifiquen los valores del hombre ecuatoriano, de mantenedor del más objetivo y científico conocimiento de la realidad nacional, pero, ante todo y sobre todo, de propulsor de esa fibra múltiple y fecunda, la de docente, que es la que pretendo evocar en esta deslucida intervención.

Otavalo es tierra pródiga de maestros en todos los ámbitos del quehacer creador: la palabra hablada y escrita, el dominio del pentagrama y del pincel, la identidad con el alma del entorno geográfico, y, singularmente, el ejemplo, la paradigmática conducta, el indeclinable y extrañable afecto terrígeno, la vivencia honda, que conforma el criterio ancho y claro del prestante periodista Marcelo Valdospinos Rubio, cuando enfatiza que Otavalo es "ciudad de personalidad", lo que significa una dimensión constante "de independencia y verticalidad de conceptos y anhelos", "la insobornable actitud de pueblo digno", de fecundo carisma colectivo "como un piélago de poesía bella y traslúcida".

No estoy diciendo nada nuevo al afirmar que Otavalo es cantera inexhaustible de valores. Ya lo dijo hace años con palabra autorizada Benjamín Carrión, que tanta predilección mostró por esta hermosa parcela imbabureña, pues en élla avalizaba su tesis (relievando la del pensador Sanín Cano) de la valía exponencial de los pueblos cultos y creadores, así fueron pequeños, sobre la potencia de los grandes, grávidos de riqueza y del complejo de hegemonías.

Una pléyade brillante, homogénea, inmarcesible florece, vigorosamente, en este siglo, bajo la azulidad del cielo otavaleño. Los nombres de esas elegidos por la altagracia de la vocación cultural no quiero repetirlos, porque vosotros los tenéis a flor de corazón y de memoria y les tributais culto fervoroso. Egregios caballeros de la sapiencia, la palabra rutilante de méritos, que han

ostentado sus creaciones en el horizonte ecuatoriano y de América, como hito de magisterio en el anhelo patriótico de rescatar y enriquecer la ecuatorianidad. Y allí se relievra la figura eximia de Gonzalo Rubio Orbe: sociólogo, el más descollante indigenista; investigador científico de la realidad nacional; ensayista lúcido; tratadista de los más acatados; conferencista, literato de pluma castiza, en fin, promotor de múltiples tareas en el universo cultural, pero, singularmente, clásico paradigma de la delicada, ardua y fecunda labor docente.

Por cierto, que entre los otavaleños de todos los estamentos, sin distingos de ninguna clase, un lazo irrompible los unimisma, los fraterniza, los confunde en singular y admirable comunión de sentimientos e ideales: su amor hondo, filial, indeclinable e incuestionable a la tierra maternal, mama-llacta, matriz vital que es algo como un poema vivencial, entrañable, saturado de esencias terrígenas, que galvaniza el alma colectiva, impulsándola a actuar y mantener enhiesto el testimonio de las predilecciones a la vena telúrica, lo cual se denomina con término exacto, rotundo e insoslayable: otavaleñidad.

Prosa, poesía, artes y artesanías, carácter comunitario, en fin una conducta distintiva, como de ufanía de su singular gentilicio, constituyen un rico acervo de valores sociales que se involucran en la otavaleñidad, que ha logrado presencia definitiva en el contexto de lo que es y significa la ecuatorianidad. Porque como con tanto énfasis sostiene un pensador: "junto a la madre tierra, con las mejillas pegadas a ese vientre soberano donde hierven todos nuestros vicios y todas nuestras grandezas, los hombres parecen mejores. La tierra es la máquina que crea la fe, el soporte de nuestra sabiduría. Ella es la mano que nos corrige, la fuente que nos purifica y que nos renueva. Los pueblos no se crean como abstracciones, sino que llevan la fisonomía de la costra sideral donde han sido calcados".

Pero, señores, ya estoy eludiendo el asunto propuesto: Gonzalo Rubio Orbe, el docente. Doctos conferencistas enfocarán la vasta y valiosa labor sociológica y de investigación del más exi-

mio indigenista, no sólo del Ecuador sino de América Indohispana. Una veintena de libros medulares, nutridos de sapiencia lúcida en el quehacer difícil y múltiple del indigenismo. Una clara, objetiva y percusiente obra para fomentar en las cúpulas gobernantes del Ecuador, y, por supuesto, en ámbito continental, el interés y el aporte en favor de los pueblos aborígenes. Todo eso, y mucho más, será justipreciado por quienes tienen competencia para abordar asunto de tanta prestancia y vastedad, que, obviamente, eludiré.

Tuve la suerte de ser alumno del Profesor Gonzalo Rubio Orbe en dos años lectivos, 1940-1941, en las aulas del prestigioso Normal "Juan Montalvo", en las que el joven maestro enseñaba Sociología.

Por entonces, también daban clases a los cursos de especialización (V y VI) profesores de la Misión Pedagógica Española, circunstancia que ofrecía la oportunidad de comparar y destacar la calidad de jóvenes docentes ecuatorianos, como Darío Guevara, Hermel Velasco, Edmundo Carbo, y, por supuesto, Gonzalo Rubio. Y pese a la preparación de los integrantes de la Misión, en honor a la verdad, debo decir que los nuestros, los ecuatorianos, descollaban en su labor didáctica sobre los extranjeros.

Ciertamente, el Profesor Rubio Orbe se hombreaba con sus compañeros de docencia por su entrega cabal a la dirección de los estudiantes que el Consejo Directivo del Normal le había confiado, y por sus personales condiciones de suscitador y plasmador de la vocación de quienes aspirábamos al título de Profesores Normalistas.

Para mayor comprensión de este singular acaecimiento hay que enfocarlo en algún aspecto. Darío Guevara enseñaba Literatura Infantil, disciplina que este ilustre maestro estructuró con su amplio dominio en esa área tan esencial y difícil para formar la personalidad del niño. También fue uno de los más eficaces creadores del estudio del folclore y su proyección en las actividades escolares. Por desgracia sus obras ya son una rareza bi-

bliográfica, pese a su actualidad para sustentar los proyectos de la cuestionada Reforma Curricular.

Hermel Velasco fue pionero en el campo de la Psicología. Bajo su dirección (advirtamos que hace medio siglo) realizamos más de diez mil tests o pruebas para evaluar la inteligencia infantil y el rendimiento escolar, logrando apreciables resultados para la Metodología y la Didáctica.

El Dr. Carbo, especializado en Bélgica, junto a maestros de fama mundial, nos ponía al tanto de doctrinas psicológicas de actualidad, que aún siguen vigentes, como las de Jean Piaget.

Y para los futuros docentes era una satisfacción maravillosa constatar como se coordinaban esos lúcidos maestros en abrir perspectivas para captar en toda su valía científica el campo del quehacer didáctico con hitos de conocimiento y actividades educativas. Por supuesto, que todo ese proceso de formación vocacional era auspiciado, alentado, coordinado por la ágil dinámica de los consejos, advertencias, intervenciones de sapiencia y experiencia del Dirigente de Curso, Prof. Gonzalo Rubio Orbe.

Como ejemplo tomemos un área de actividad de enorme proyección en la personalidad de la niñez y la adolescencia: el cuento.

El Dr., Carbo, con facundia de conocimientos y teorías, analizaba ese estímulo en el exquisito mundo vivencial de la infancia, la juventud y hasta en la tercera edad.

El Prof. Velasco trazaba con exactitud y sencillez el laberinto prodigioso y simbólico de la imaginación, área anímica en la cual la objetividad, el entorno del no yo, constituye un todo con el yo amorfo y galvanizante de la florida primera edad.

El poeta Darío Guevara con sedeña magia literaria nos encaminaba hacia la inefable gracia del cuento, precioso factor estimulante del arcoiris de las fantasías infantiles, acudiendo al aná-

lisis minucioso de los cuentos clásicos, como Caperucita, la Cenicienta, Blanca Nieves, el Patito Feo (que era el alias que le impusieron sus alumnos), y realizando con ingenio las características de los protagonistas, seculares amigos con los que juegan e identifican los niños.

No había, entonces, la comercial hegemonía de la televisión, que con sus motivos audiovisuales han marchitado y deteriorado esa límpida fontana de fabulosa hermosura en la exquisita sensibilidad infantil: el cuento.

Y, por supuesto, el Prof. Rubio Orbe, con su perspicacia buida y sabia, coordinaba, espléndidamente, toda esa trama armoniosa de enseñanzas y nos llevaba, cordialmente, al ambiente donde habita y sueña la niñez aborigen y mestiza, áreas que tanto conocía, hasta en sus rincones lingüísticos, y nos presentaba el universo anímico del hombre ecuatoriano, singularmente, el de la ruralidad.

¡Cómo el investigador, el sociólogo, el sicólogo, el lingüista, el folclorista, el visionario y entrañable conocedor de nuestro pueblo se proyectaba con eficacia y fervor en el afianzamiento de la vocación y la cultura de sus alumnos maestros! Por ende, me permito enfatizar que el Prof. Rubio Orbe fue un auténtico docente, en el sentido de conductor, de la más trascendental dimensión formal y anímica; y entregó a sus discípulos aquellas precisas y preciosas enseñanzas, que no hay en los tratados magistrales que dicen abordan la ciencia pedagógica.

Como motivación singular y eficaz se realizaban las visitas que el joven docente dirigía para dar clases demostrativas en el Normal Rural de Uyumbicho, único para la formación integral del maestro rural, y valiosa secuencia de los anhelos transformadores de dos descollantes paladines de la cultura ecuatoriana, Fernando Chaves Reyes y Jaime Chaves Granja, ambos de recia raigambre imbabureña. En tales oportunidades, nuestro apreciado Dirigente, se afanaba para que sus alumnos se pusieran en contacto con la realidad y constataran las aptitudes de los escola-

res aborígenes. Conocedor del quichua como era, su actividad docente despertaba asombroso interés y fomentaba la necesidad de saber la lengua aborígen. Y en círculos de charla amical, después de las demostraciones didácticas, el sapiente sociólogo, el insigne escritor, que con el tiempo elaboraría libros de rico meollo y clásica factura, se desbordaba en el ideal de que conociéramos las posibilidades, las aptitudes ingénicas de las etnias nativas y la misión trascendental de la educación bajo la responsabilidad del magisterio de formación normalista y de docentes indígenas.

Aparte de todo lo expuesto, me concretaré más al tópico ya enunciado: Gonzalo Rubio Orbe, el docente.

Como antes insinuamos, el concepto docente encierra el noble y prestante significado de conductor, con más perspectivas que el de mero preceptor, el de la enseñanza bancaria que sólo aspira a dar y recoger datos, conocimientos, hechos.

Conductor fue Gonzalo Rubio, porque no desempeño el rol de simple expositor, el repetidor de clases magistrales sino el propugnador de personalidades de conductas a prueba de resolver problemas.

Y, a propósito del centenario de la revolución liberal, en sus interesantes y bien motivadas y planificadas clases, el erudito conocedor del devenir histórico ecuatoriano situaba esa transformación y a su protagonista mayor en sus justas proporciones, sin prejuicios sectarios ni mitificaciones, acentuando los beneficios que trajo para la clase media, el pueblo marginado y las etnias aborígenes; soliviando la política de apertura que fomentó la osmosis (era su término) económico - social y las diversas modalidades de aculturación en las áreas del indigenado. Enfatizaba el mestizaje y el autodidactismo de Alfaro como las calidades de excelencia del insigne revolucionario y su lúcida concepción de la filosofía del laicismo. Su seria formación científica en disciplinas tan exigentes como la Antropología y la Sociología, le permitía enfocar el sector aborígen, cuyas vivencias y lengua conocía desde su infancia otavaleña, con visión objetiva, realista y no a través de

simples referencias de un cristal de lirismo declamatorio, de una imaginación exhibicionista, en discursos o relatos empenachados de fácil retorisismo o de poemas - cartel que pronto se anquilosan o agotan. Y, obviamente, que su experiencia, su sensibilidad de maestro, su conocimiento bilingüe -bicolor- decían los romanos, le ofrecían infinidad de motivos para entrar con pie derecho en el género relativista. Pero su claro talento de investigador, su personalidad de docente tenían primacía en su labor de varón de cultura, de servidor de los más caros intereses del país.

El Prof. Gonzalo Rubio Orbe difundía con su ejemplo la práctica de la vivencia democrática, de esencia laica, médula de su credo político y pedagógico. Por eso, cuando en clases, charlas, conferencias, exposiciones se presentaban discrepancias de cariz ideológico, las recibía con respeto, con prestancia y no con intransigencia o exclusivismo, como dueño absoluto de la verdad. Y fue insigne mantenedor de la dignificación del maestro, de su dación total al servicio profesional y la labor cultural, mediante una galvanizadora participación en el quehacer comunitario.

Reitero en que mi punto de vista para este escorzo del egregio personaje del magisterio ecuatoriano, es el del docente, el que conduce, guía, encauza no sólo a sus alumnos sino a todos los estamentos de su entorno de área cultural. Por eso, no me salgo del ambiente de grato recuerdo, como lo vi y justipricié en las aulas luminosas del "Juan Montalvo". No obstante, por su condición singular de paladín de cultura, a su señera categoría de docente le viene espléndidamente, también el epíteto consagratorio de Profesor, en la valía que le asignan los franceses, como alta cifra de especialistas en esferas superiores de enseñanza, y el de maestro, en el cabal contenido y la extensión del término judeoespañol y ecuatoriano de paradigma de sapiencia y acción. Y, todo eso fue Gonzalo Rubio Orbe hasta el último instante de su estelar periplo existencial.

Como un fervoroso tributo a su diamantina memoria, he evocado varios recuerdos acerca del insigne docente. Empero, no me he atrevido a trazar ni un ensayo biográfico, ni un comentario



de apología del gran acervo logrado por su castiza pluma, eminentemente, científica. Para tal finalidad entiendo que se requieren criterios autorizados y no, por supuesto, mi limitada visión.

Figura cultural airosa, la del Dr. Rubio Orbe, acatada como la de valiosa autoridad, de natural lucidez en el árduo empeño de dinamizar y poner al día la política cultural del país, hay que decirlo sin eufemismos ni lirismos obnubiladores, encarnó el mayor exponente de la Indología en Ecuador y Latinoamérica, que contribuyó a plasmar como disciplina autónoma, con el imponderable aporte de su entrañable vocación de científico y de eficaz servidor de los intereses vitales de los pueblos aborígenes.

Hay que retornar, señores, mentalmente, a 1941, 54 años atrás, cuando la agresión del militarismo peruano se inició un 5 de julio e impactó como una hecatombe, como un golpe de espanto en el país, que, en esos días de angustia y obnubilación estaba inmerso en pleno desarrollo, bajo el dominio de una oligarquía de turno en el poder político y económico.

Conmovidos los jóvenes normalistas pedimos se nos tome a la brevedad posible los exámenes de grado y se nos llame a formar un batallón de reservistas.

Se nos graduó, pero no se nos permitió integrar las filas de defensores de la Patria, porque en esa regresiva etapa del Ecuador —como afirma Alfredo Pareja Diezcanseco— estaba "empobrecido, extenuado y desmoralizado", y no tenía líderes de la magnitud carismática de Alfaro y González Suárez, como sucedió en 1910.

Entonces, bien lo tengo presente, en las últimas clases, mejor, amicales reuniones de corazón a corazón, el querido Dirigente de Curso y sus alumnos a punto de alejarse, acaso definitivamente, con palabra fervorosa nos llevaba por los horizontes del optimismo para mirar con visión de reciedumbre renovadora el golpe alevoso del secular enemigo y asumir con dignidad la derrota y el rol de forjadores de la cultura, la única y eficaz posibilidad de vitalizar la identidad de un pueblo pequeño cuyo

sino es el de enfrentar, ineludiblemente, la ambición desenfrenada de un vecino suturado de prejuicios expansionistas. Los sucesos de estos mismos días están confirmando esa clarísima visión del devenir histórico.

Se dirá que esos ya son acontecimientos del pasado, pero allí, en el pasado esta la raíz y el brote que fortalecen a los pueblos y plasman los elementos esenciales de la identidad nacional, de la ecuatorianidad.

El Prof. Rubio Orbe insistía en el valor de la cultura autóctona, de las aculturaciones, de las creaciones del hombre mestizo, de la superación y proyección del alma nacional hacia el futuro, sin olvidar que el Ecuador tiene una disminuida, pero rica, expresión geográfica, que debe lograr un sitio significativo en el concierto de países indohispanos. Así, nuestro egregio docente se adelantaba a la tesis (que antes aludimos) de Benjamín Carrión, lanzada después del írrito Protocolo, sobre la fuerza, la potencialidad de los países pequeños ante los que alardean de grandes y dueños de todas las posibilidades hegemónicas.

El pasado tiene un aporte prodigioso, de utilidad eficaz para el presente y el futuro, insistía el maestro y aducía criterios de escritores acatados mundialmente, y ponderaba de manera admirativa los postulados americanistas del brillante uruguayo Rodó. Era obvio, entonces, su auspicio decidido a todo lo ecuatoriano, sin ditirambos, ni fantasías, singularmente, si tenía el sello de autenticidad imbabureña. Relievaba con énfasis de ferviente valoración las dimensiones culturales de las artes y artesanías de terrígena sabia y las defendía de la influencia alienadora que ya comenzaba a manifestarse en el país. "La alienación, insistía, bien lo recuerdo, es el despojo, la pérdida por el hombre de lo que constituye su esencia propia". El profesor debe cuidar como si fuera una fuente límpida y fecunda la autenticidad de nuestras culturas autóctonas, recalca poniendo en el acento de sus palabras una como angustiosa previsión en el futuro del acaecer nacional. Por eso, peraltaba la honestidad sin sobras en las labores culturales, y exultaba como claro ejemplo la pulcra y combativa

actitud de Rodó que fustiga a aquellos que corren tras lo exótico o "esgrimen sórdidas calumnias que harían sonrojar a un paquidermo".

El Prof. Gonzalo Rubio Orbe fue un docente de la más amplia dimensión formal y anímica, y entregó sin esguinces ni eufemismos a sus alumnos aquellas precisas y preciosas enseñanzas que se generan en el corazón y la palabra del docente de medular y rica experiencia.

Se afirma que la cultura es el remanente que se conserva después del olvidado lo aprendido y vivido. Quizá por eso me he esforzado en escorzar la personalidad del paladín indeclinable de la docencia, del cabal conductor de juventudes en las aulas del Normal por antonomasia, de la Universidad Central del Ecuador y de otros altos centros de formación de Hispanoamérica, especialmente de Méjico. Docente dueño y señor de pluma proficua, hontanar de sapiencia, en cuyos libros siguen los estudiantes y estudiosos constatando la realidad del hombre ecuatoriano del presente y del futuro.

La labor cabal del pródigo sembrador es señera y perdurable, en consecuencia, su memoria esclarecida es digna de troquelarse en la perennidad del bronce o la piedra andesita, de lo cual son condignos tantos otavaleños que el Ecuador ha visto florecer en este siglo, no se diga quien alcanzó paladinamente la máxima dirección de organismos de estudio, planificación y labores que enfocan la solución de los esenciales problemas del indigenismo en Indoamérica.

He pretendido, Señores, en mi deslucida intervención, mantener latente el grato recuerdo de la subyugante figura del maestro como lo conservo y evoco en el lapso de sus años de dinámica docencia. Obviamente, no he enfocado su labor indeclinable y fecunda por más de medio siglo hasta los días de su tranquila y aureolada senectud, que todo el mundo admiraba.

Por fortuna, luego de egresar del Normal, tuve la oportunidad, en varias ocasiones, de escuchar el conocido timbre de voz y el ritmo ancho y atrayente de su pensamiento; la última vez, cuando visitó Ibarra en su calidad de Presidente de la Academia Ecuatoriana de Educación y con la finalidad de constituir un Núcleo de Imbabura, correspondiente de esa noble matriz de sabiduría pedagógica que había contribuido a constituir con eminencias del magisterio, como Emilio Uzcátegui y Gonzalo Abad.

Distinguidos integrantes de la Fundación "Gonzalo Rubio Orbe", espero que vuestra gentil benevolencia permita expresar mi entrañable consideración a la trayectoria cultural admirable de vuestro insigne Patrono, evocando su ínclita memoria de estas cordiales palabras:

¡Salve egregio educador, la luz de tus enseñanzas nos conduce por los horizontes del nuevo Ecuador que siempre soñaste y diste a conocer en jubilosa entrega, como un mensaje de prístino optimismo a tus discípulos que jamás te olvidarán!.